

La bruji Gari

Braulio
Llamero

Dibujos de
Montse
Tobella





¡Hola!

Me llamo Gari y soy una bruja. Pero no te asustes. No soy una bruja de esas que salen en los cuentos: con la nariz torcida, verrugas, pelos en la barbilla, viejísima, feísima y malísima.

Yo soy una bruja muy chuli. Tengo diez años, el pelo rizado y pecas en la cara. No soy ni fea ni mala. ¡Y si alguien dice lo contrario, lo convierto en sapo por mentiroso!

En realidad, hace muy poco que me hice bruja y casi nadie lo sabe. No me gusta que lo sepan desde que descubrí que ser bruja no era ninguna ganga.

Si continúas leyendo, sabrás dos cosas: por qué me hice bruja y por qué ahora no quiero que lo sepa nadie.



Aquí te cuento
por qué quise hacerme bruja

Ya sabes cómo son los mayores. Cuando no saben qué decirle a una chica o un chico, siempre le preguntan:

–Y tú, ¿qué quieres ser de mayor?

Unos contestan:

–Yo, ingeniero.

Otros:

–Yo, millonario.

Otros:

–Yo, médico.

Otros:

–Yo, astronauta.

Otros:

–Yo, ama de casa.

Bueno, no; esto último no lo dice casi nadie. Y menos, los chicos.

Pero el caso es que todos contestan cosas parecidas y sueltan la primera profesión o el primer oficio que se les ocurre.

Cuando la pregunta me la hacían a mí, yo, más que nada por fastidiar, respondía:

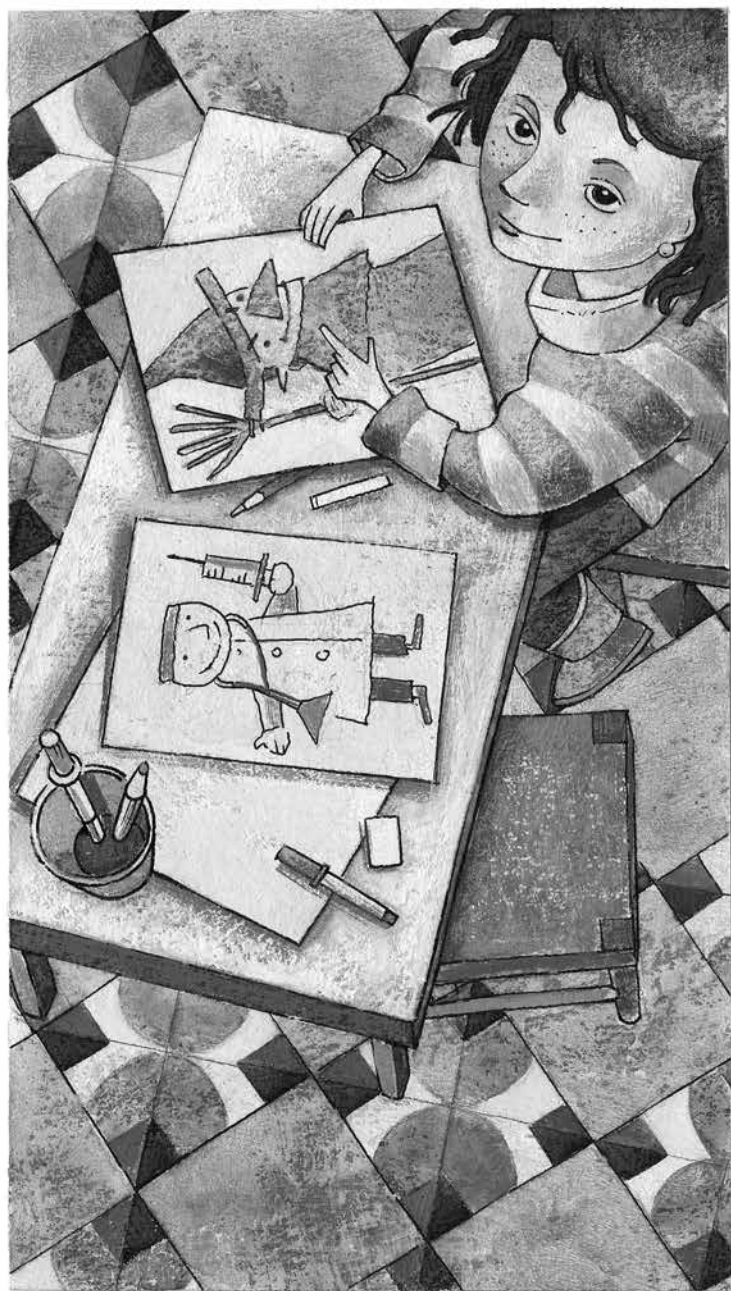
–Yo de mayor quiero ser bruja.

Todos me miraban con caras raras.

–¡Uy, qué graciosa! –exclamaban algunos.

–¡Qué ocurrencia! –respondían otros.

–¡No digas tonterías, Gari! –solía decirme mi papá si estaba presente.



¿Y qué esperaban que dijera? Yo aún no sabía qué quería ser de mayor. Lo único que sabía era que deseaba aprobar de una maldita vez las matemáticas. Y quería comprar mi pastelito de todas las tardes. Y quería ir a jugar al parque. Pero de lo otro, la verdad, no tenía ni la más remota idea.

Lo malo fue que esa misma pregunta me la hizo un día en clase doña Cloti, la profe de Sociales. Y yo pues contesté lo acostumbrado:

–Quiero ser bruja.

Doña Cloti me miró por encima de sus gafas enanas.

–Gari, no me gustan las niñas mentirosas. Te he hecho una pregunta seria y quiero una respuesta seria. ¿Qué te gustaría ser de mayor?

–Bruja.

–¡Niña, no me tomes el pelo!

–¡Es la verdad! –insistí yo–. ¡De mayor seré bruja!

Doña Cloti se enfadó tanto conmigo que me dejó sin recreo. Y yo me enfadé tanto con ella que decidí de verdad ser bruja para que la profe de Sociales se quedara con tres cuartas de narices.

En serio te lo digo, si no hubiera sido por eso, lo más probable es que nunca se me hubiera pasado por la cabeza preguntarle a mi papá que dónde se podía estudiar para llegar a bruja.

–Las brujas no existen, Gari –me respondió–. Eso es un cuento, una superstición.

–¿Una super... qué?

–Una superstición. Cosas que la gente cree, pero son mentira. Por ejemplo, pensar que el martes y trece da mala suerte es una superstición.

—Pues el otro martes, que fue trece, a ti te quitaron la radio del coche.

—¡Eso fue una casualidad! —exclamó papá—. También me la podían haber robado cualquier otro día.

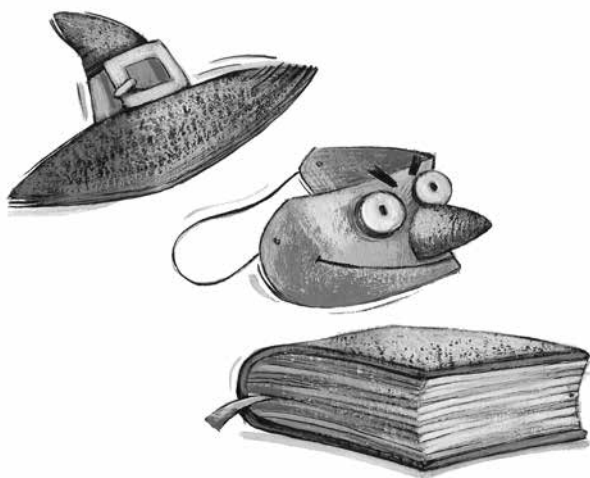
—¿Qué más es una superstición?

Papá se rascó la calva.

—Pues... Creer que los gatos negros dan mala suerte, que levantarse con el pie izquierdo trae desgracias, que existen los duendes, los ogros, las brujas...

—O sea, que lo que pasa es que tú no sabes qué hay que hacer para estudiar brujería.

Papá me miró desesperado. Pensaba que yo era la chica más tozuda del mundo. Y era verdad. ¡Ya lo creo que sí!



Aquí te cuento cómo seguí buscando información

Papá estaba sentado en su butaca preferida. Enfrente del televisor, a cuyos lados había algunos libros. Uno de ellos era un diccionario. Tuve una idea. Cogí el diccionario y empecé a buscar en la B, hasta que encontré la palabra «Bruja».

—«Dícese de la arena más menuda y sutil.»
¡Qué raro! Ése no era el tipo de bruja que yo quería ser.

—«Lechuza (ave rapaz nocturna).»

¡Ni ése tampoco! Empecé a sospechar que el diccionario estaba algo chalado.

—«Mujer que, según la opinión vulgar, tiene un pacto con el diablo y hace cosas extraordinarias.»

Esto ya se acercaba un poco más, aunque tampoco era exactamente lo que yo me había propuesto estudiar.

—«Mujer fea y vieja.»

¡Esto último sí que no me interesaba nada! Cerré el diccionario porque ya no ponía nada más.

Me quedé pensando.

El que había escrito aquello en el diccionario tampoco debía de creer en las brujas. De lo contrario no las confundiría con arena ni con lechuzas, o con todas las tonterías que acababa de leer. Lo único cierto era lo de «hacer cosas extraordinarias».

De todas formas, seguía igual que antes. Yo había pensado que a lo mejor el diccionario me daba alguna pista sobre dónde se aprendía a ser bruja. Pero nada. No ponía nada como, por ejemplo:

—«Bruja. Carrera muy bonita que se puede estudiar en tales y cuales sitios.»

De pronto, se me ocurrió un lugar donde seguro que lo sabían todo sobre cualquier clase de carreras o estudios: la Dirección Provincial de Educación. Le dije a papá:

—Salgo un momento.

Y me fui al edificio así llamado, que no estaba lejos de casa. En su puerta, nada más entrar, había un señor con más galones que los militares que salían por la tele.

—Oiga, señor militar —le dije—, ¿dónde me pueden informar sobre lo que quiero ser de mayor?

–No soy ningún militar, niña. Soy un bedel –dijo muy orgulloso el de los galones.

–Usted perdone, señor bedel.

Aceptó mis disculpas e hinchó el pecho. Se veía que lo de bedel era mucho más importante que lo de militar y por eso le había molestado que yo me confundiera.

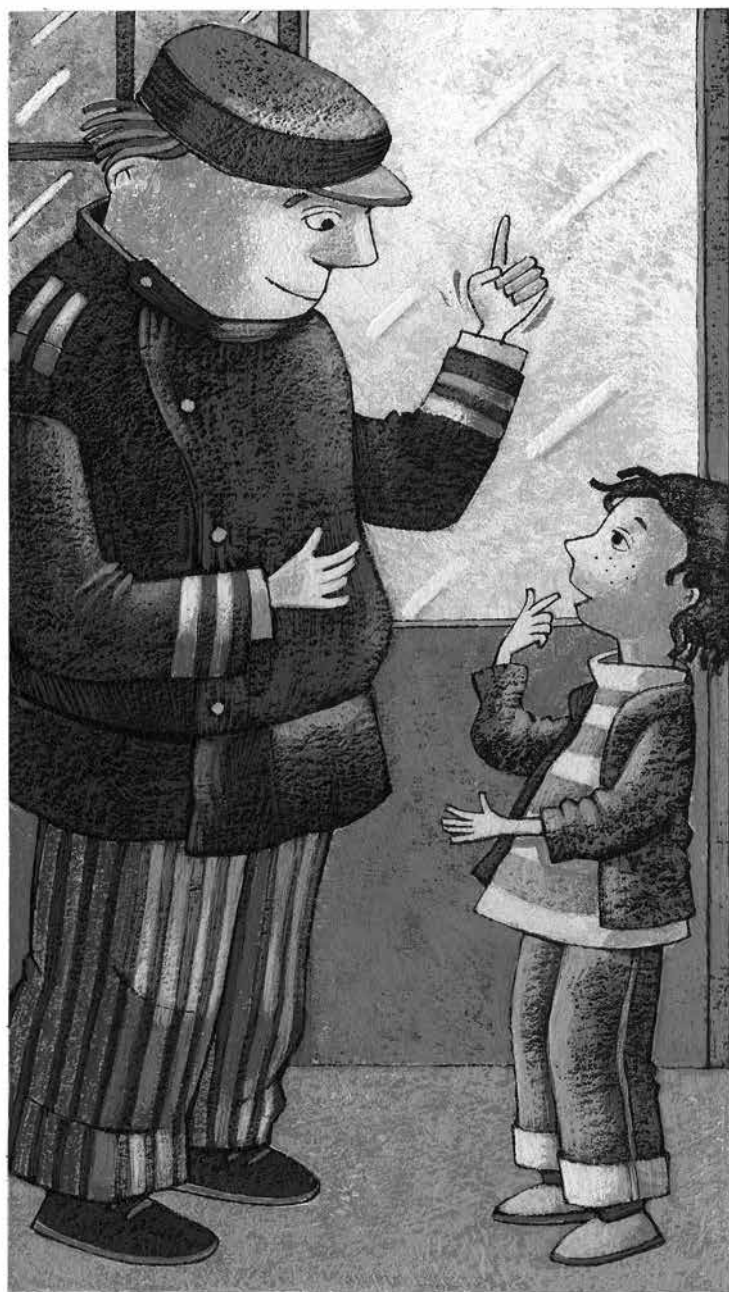
–O sea –me dijo-, quieres ir al Servicio de Orientación Profesional, ¿no es eso?

–¡Uy, no señor! –le repliqué–. Yo sólo quiero que me informen de unos estudios que quiero hacer.

No quise mencionarle lo de bruja por si era como papá y me decía que eso era una «superstición».

–Bueno, niña. Lo que tú quieres saber te lo dirán precisamente en el Servicio de Orientación Profesional.

–¿Y dónde es... eso?



–En la primera planta. Pregunta por la señorita Espingarda. Ella te informará.

–Muchas gracias, señor bedel.

Entré corriendo.

En la primera planta había un mostrador muy grande. Más que el de un bar. Detrás del mostrador había mesas. Y detrás de las mesas, gente.

La gente me dio un poco de pena. Parecía aburrirse mucho y todos tenían mala cara. Como si les dolieran las muelas o sus mamás les hubieran castigado a quedarse sin postre.

–¿La señorita Espingarda, por favor?

La mujer a la que le había hecho la pregunta apuntó con una mano a la izquierda.

–Muchas gracias –le dije.

A ella debía de ser a quien más le dolían las muelas: ni levantó la cabeza ni abrió la boca.

–¿La señorita Espingarda, por favor?

La segunda mujer hizo lo mismo. Sin levantar la cabeza, apuntó hacia la izquierda. Debían de estar muy atareados y no podían distraerse ni una milésima de segundo, pensé.

—¿La señorita Espingarda es usted?

La tercera mujer sí levantó la cabeza y me miró.

—Dígame, ¿qué desea?

—Entonces, ¿es usted la señorita Espingarda?

—Por favor, estoy muy ocupada. ¿Qué es lo que desea?

—Pues mire, señorita. Yo de mayor quiero ser bruja, pero nadie me dice dónde lo puedo aprender. Por eso he venido.

La señorita Espingarda tenía las cejas muy grandes. Me di cuenta al ver cómo las levantaba de sopetón.

—¿Perdón? ¿Qué carrera desea usted estudiar?

–La de bruja, señorita. Eso es lo que quiero ser de mayor. Pero no sé qué tengo que hacer.

–Mira, niña –dijo Espingarda, la mar de seria-, aquí no se viene a jugar. Así que vete a otro lugar, porque yo tengo mucho que hacer.

Y sin hacerme caso, volvió a agachar la cabeza sobre la mesa. Me puse de puntillas y miré lo que hacía. Tenía extendido un enorme crucigrama.

«Pobrecita», pensé, «seguro que el jefe le obliga a que lo tenga terminado pronto y por eso no puede distraerse».

En todo caso, ella tampoco debía de saber cómo se estudiaba para bruja. De lo contrario, ya hubiera hecho algún conjuro mágico contra un jefe tan malvado que le obligaba a hacer unos crucigramas tan gigantes.